

El cine posmoderno

Edel Cadena Vargas

"Las diferencias y contrastes están ahora tan socavados e incluso demolidos, que la crítica, en el chato y descolorido mundo del paisaje de un mundo totalmente administrado, totalmente sometido a cálculo, integralmente transido por relaciones de poder, ya no puede distinguir contrastes, matices ni tonalidades ambivalentes."

Jürgen Habermas



a surgido en occidente una corriente cinematográfica nueva, demoledora y alucinante: el cine posmoderno. Cintas como *Blade Runner*, el ya gran clásico de este tipo; *Terminator*, *Brazil*, *Mad Max*, *El Inmortal*, *El Corredor*,

El Vengador del Futuro y, ahora, *Robocop III*, dan cuenta de ello.

En efecto, como ya es costumbre en las diversas épocas, la cinematografía posmoderna es hoy el gran crisol de la conciencia colectiva contemporánea. No obstante, a pesar de que la posmodernidad es fenómeno que viene gestándose desde principios de siglo, no es sino hasta la última década que ha encontrado salida en la pantalla grande.

Pero ¿cuál es el origen de este cine posmoderno?, ¿cuáles son los factores que permiten su creación?, ¿a qué sentimiento responde?

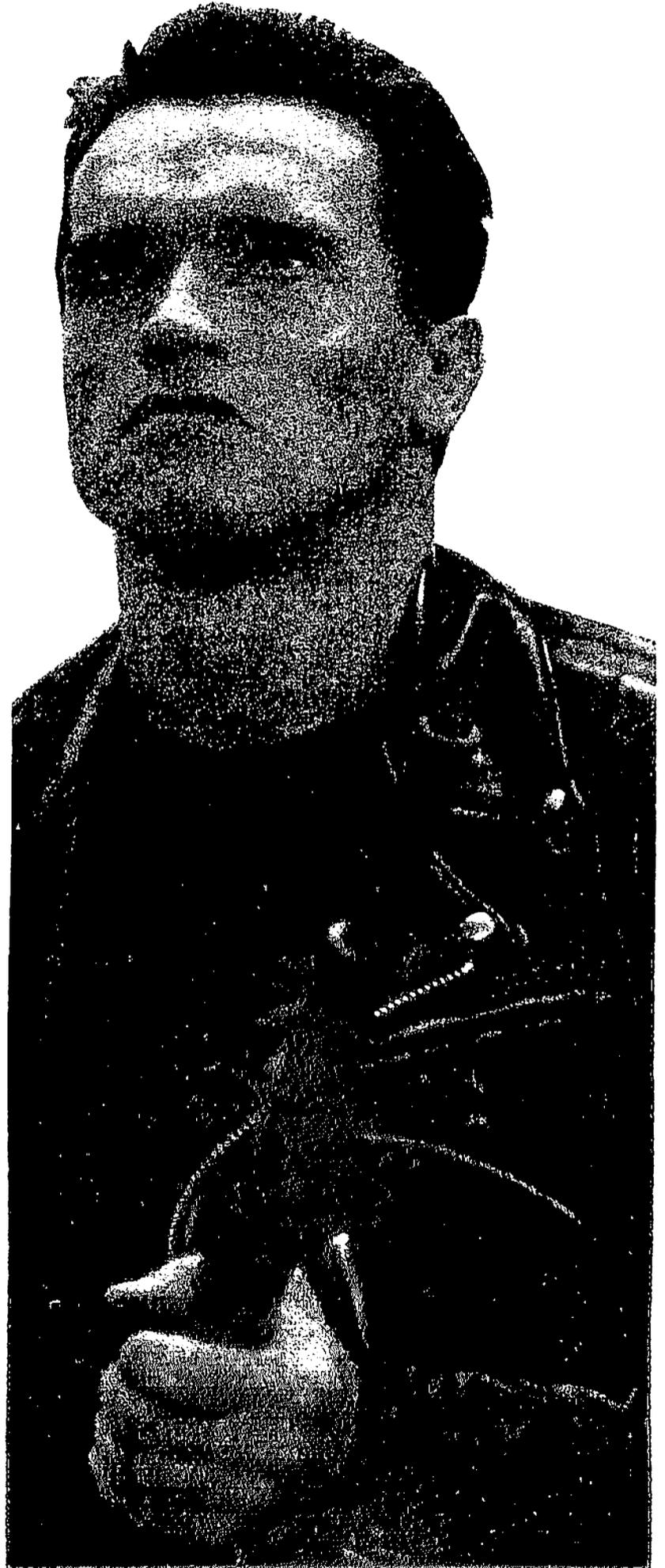
Sin ánimo de caer en la sobresimplificación, podemos afirmar que el cine posmoderno es la reacción lógica contra el gran proyecto de la Ilustración, contra la modernidad misma, contra la visión ingenua de que la razón era el fundamento único que podía generar la felicidad y el progreso humanos.

A mayor abundamiento, los Ilustrados supusieron que con la primacía de la ciencia era posible darle a la humanidad una organización racional y, con ella, la igualdad social. Así lo pensó Turgot, Condorcet y hasta el propio Marx.

Por eso la sociedad humana apostó todo su futuro a la ciencia y la tecnología, pensando que con ellas tendríamos prosperidad, tranquilidad y abundancia. Desarrolló una gran infraestructura basada en el quehacer científico, destinó millones de hombres y mujeres para tal fin, sacrificando a generaciones enteras en aras de una felicidad que, paradójicamente, nunca llegó.

Capitalismo y socialismo, las dos vertientes de la modernidad, resultaron un fiasco espantoso: el capitalismo nos trajo libertad, pero no igualdad; y el socialismo nos trajo igualdad, pero no libertad. En conjunto, los saldos de la modernidad fueron las guerras mundiales, la amenaza nuclear, la guerra bacteriológica, la enajenación colectiva, el SIDA, las hambrunas, los conflictos raciales, el nazismo, el sionismo, la tecnocracia, los *skinheads*, la estandarización de la conciencia y todo el horror de lo que Marcuse algún día denominó la Sociedad Unidimensional.

La razón no trajo la felicidad, sino que instituyó la desgracia, la frustración y la negación del intelecto humano. Cual broma sangrienta, o penitencia merecida, la inteligencia se destrufa a sí misma.





En este marco surge lo que hoy llaman posmodernidad, reacción estética primero y filosófica después, misma que se caracteriza, básicamente, por desconfiar en el proyecto de la Ilustración, y negar, en muchos casos, las virtudes de la razón. Estéticamente se orientó por lo abstracto, simbólico, nuevo y efímero. Filosóficamente dirigió sus baterías contra el racionalismo y la ciencia normalizada. Políticamente se desgajó en innumerables tendencias en contra del autoritarismo, el consumismo, la estandarización y la alienación colectivas. Sin embargo, como lo afirma Habermas, la posmodernidad tiene dos vertientes: una conservadora que busca un retorno al pasado (el milenarismo y el fundamentalismo) y otra anarquista, disolvente, destructiva y antimoderna. Todo ello se plasma en un sentimiento colectivo de que la ciencia y la tecnología algún día terminarán saliéndose del control humano, destruyendo a su paso a quienes le dieron lugar. Es, en este sentido, el justo precio por haber desafiado al Universo, la penitencia obligada por sentirse los amos de todo.

Así, la única salida a este horror es la locura, la muerte o lo sobrehumano. Sísifo se sublima en Tanatos o Superman. Es por eso que en el cine posmoderno estas tres escapatorias son recurrentes.

En **Blade Runner**, por ejemplo, los robots salen del control, se amotinan y buscan su origen. Las máquinas, en suma, intentan sustituir a lo humano, y casi lo logran, a no ser por un Harrison Ford que destruye a todos implacablemente. Sin embargo, la cinta deja muy claro la inferioridad humana ante las fuerzas desencadenadas de la ciencia.

La estética de la película, típica del cine posmoderno, está plagada de tonos azules y escenarios sobrecargados, y constituye una advertencia al desarrollo sin freno. La omnipresente luz de neón, los anuncios espectaculares, la contaminación sin freno, la prepotente tecnocracia y la violencia generalizada es la infeliz premonición de la sociedad superdesarrollada que nos espera.

De igual manera, **Brazil**, nos advierte acerca del poder de las corporaciones y el predominio de la ciencia y la tecnología. Ante ella, la única salida es la locura. No obstante, en esta cinta se vislumbra una salida: la utopía. Los sueños, por fortuna, son quizá ya lo único que nos distingue de los animales, y por ello hay que conservarlos. La utopía en este tenor, pese al fracaso de la modernidad, está presente... pero nos puede llevar a la locura.

En **El Inmortal**, por su parte, el viejo sueño de la ciencia se hace realidad por un accidente mitológico: una raza genera individuos que nunca mueren. Y ello es el peor castigo para la humanidad, ya que los "privilegiados" ansían con todas sus fuerzas dejar de existir.

El inconmensurable sufrimiento por la sucesión de muertes de seres queridos, la conversión de los *highlander* en seres trashumantes es una clara advertencia de lo que nos espera de triunfar este sueño perverso de la razón.

En **El Corredor**, por su parte, hay una visión alucinante del poder de las corporaciones y los medios masivos de comunicación. En un programa semejante a "Sábado Gigante", los condenados de las prisiones sirven de zorras de caza en un juego siniestro de fuerza donde, a pesar de que el trato es que si ganan son liberados, los presos finalmente son asesinados. Un grupo de presos-guerrilleros, comandados por el forzado Arnold, desactiva y evidencia el juego y

la sociedad se libra de esta farsa de la razón hecha video. De igual manera en **El Vengador del Futuro**, la cinta advierte sobre el destino de la humanidad en poder de las corporaciones y el futuro irracional que nos espera con la tecnocracia.



De nueva cuenta el forzudo Arnold es el encargado de desmontar la farsa de los sueños artificiales y mostrar lo perverso de la ciencia y la tecnología al servicio de los empresarios.

En los dos casos, *El Corredor* y *El Vengador del Futuro*, el superhéroe reivindica el derecho de las minorías a rebelarse por la vía violenta ante la sinrazón de la tecnocracia y la amenaza de la ciencia y la tecnología. El supremo derecho al disenso, posibilidad que hoy nos quiere quitar la tecnocracia, es hoy por hoy el tema recurrente del cine posmoderno: la soberanía reside en el pueblo y no en la ciencia y la tecnología.

En *Terminator*, por su parte, es el ejemplo más crudo de cómo las fuerzas desatadas de la ciencia y la tecnología se pueden convertir en incontrolables. Después de una guerra nuclear provocada por ellas mismas, las máquinas intentan destruir a los seres humanos y utilizar a unos pocos como esclavos. Como en las dos anteriores, los hombres reivindican el derecho a la rebelión, sólo que en esta parte la persecución tecnocrática se prolonga en el tiempo, en el pasado. Finalmente, después de varias de las mejores secuencias persecutorias del cine contemporáneo, los guerrilleros triunfan. La razón es derrotada por el sentimiento de libertad en, quizá sin haberlo previsto, una venganza de Freud de "El malestar de la cultura" contra la civilización.

De la misma forma, en *Mad Max* la plutocracia hace de las suyas por el mundo. Los que detentan el poder económico (representado por la gasolina), se apoderan del poder político e intentan convertir a todos en esclavos. En una involuntaria analogía de lo que hoy sucede con la política salinista en México, *Mad Max* no demuestra en toda su crudeza del destino de la humanidad cuando la tecnocracia tome el poder. Reivindica, como las otras cintas, el derecho legítimo a la rebelión armada, el derecho a prescindir de las consecuencias nefastas del desarrollo acrítico de la ciencia y la tecnología.

Pero quizá la mejor muestra de este cine posmoderno, no por su calidad sino por la crudeza del mensaje, es *Robocop III*. Mientras aquí y ahora estamos preocupados por establecer la competitividad, la libertad de mercado, la modernización y la privatización, *Robocop* hace una crítica ácida, destructiva del neoliberalismo y nos advierte de las consecuencias perversas de ese modelo. La necesidad de aplicar el frío cálculo y sacralizar la ganancia, lleva al mundo de *Robocop* hacia el poder inconmensurable de las corporaciones. La plutocracia es algo más que una premonición, es una realidad absurda.

En efecto, cual perfecto mundo diseñado por nuestro actual presidente y sus amigos, la ciudad de Detroit es "privatizada" en su totalidad, incluidos los habitantes. Y como los pobres estorban en esta fiebre privatizadora, igual que en México, las corporaciones pretenden desalojarlos por la fuerza, sin contar que el componente humano de *Robocop* se rebelará y reivindicará, una vez más, el supremo derecho a la rebelión.

Robocop se sublima en *SuperBarrio* y la policía en el Batallón de San Patricio (por los irlandeses que vinieron a luchar contra la invasión francesa); y junto con los guerrilleros antineoliberales arrasan al ejército de mercenarios y punks que pretenden desalojarlos de los barrios pobres de Detroit. Con preclara visión del irracionalismo contemporáneo, *Robocop* demuestra que los únicos capaces de aglutinar y representar una alternativa ante la locura tecnocrática es la religión y la guerrilla, ya que los dos apelan a la utopía, lo único humano que nos quedaría de continuar este desenfreno.



En esencia, la propuesta de *Robocop* es la conjunción de Jesús y San Agustín (el paraíso mañana y el paraíso ahora) en contra del demonio tecnocrático. San Jorge de dos espadas contra el Dragón. Cual Espartaco Lázaro de la época neoliberal, *Robocop* regresa de la muerte con miles de cristianos, policías y guerrilleros para redimirnos de la privatización, de la competitividad, de la ciencia y la tecnología y de la tecnocracia. Más aún, si lúdicamente alguna moraleja adaptada a la realidad nacional pudiera sintetizar esta cinta, sería que "a todo Salinas le llega su *Robocop*".

Recapitulando, el cine posmoderno es hoy día uno de los pocos espacios donde gráficamente se hace la misma crítica demoledora a lo previsto por Freud en "El malestar de la cultura" y Marcuse en "El hombre unidimensional", ya que desacraliza la política neoliberal, se opone al desenfreno científico y tecnológico y, sobre todo, reivindica el supremo derecho a la rebelión ante la destrucción del intelecto y el sojuzgamiento de las masas.